

la sonda. Así midió la profundidad del agua, colocada inmediatamente despues del umbral, y halló que podia meterse en ella como en un charco.

Eran tan espesas las paredes donde se abria la puerta, que Zapata anduvo un callejon de seis cuartas para poder encontrar la otra salida. Al llegar aquí se detuvo; á la izquierda, sus pupilas dilatadas en la oscuridad vieron distintamente el cuadro vacío de una ventana. Dió un grito de alegría, y exclamó volviendo á calar la sonda:

—Cáspita! parece que estas son las piezas anegadas de la callejuela..... quiere decir que el agua no me tocará las rodillas..... sí, claro..... aquí está el fondo..... Adelante!

Zapata se metió de plano en el estanque, y adelantó paso á paso en direccion de la ventana. Cuando llegó al pretil asomó la cabeza. Vió entonces un aposento lleno tambien de agua, con sus paredes surcadas por espantosas cuarteaduras, y allá en la extremidad tres puertas góticas, enfrente de de las cuales se levantaba, como edificada por la noche, la tapia de la callejuela.

Un paso mas, y Zapata estaba salvado.

Donde el lector seguirá viendo mas y mas embozados, y al fin descansará en el término de esta primera parte de la historia.

YA era la media noche. Juana, cavilando aún con aquella misteriosa entrevista de su padre con Isabel, dejó su lecho y se encaminó por el jardin, presintiendo las emociones que debia experimentar dentro de unos cuantos instantes. Acercóse maquinalmente al mismo sitio donde habia hablado con Mendoza; allí estaba un fuste de columna tendido cerca del estanque, forrado casi por el musgo: Juana se sentó en él, y esperó.

Solo ella que tan bien conocia las avenidas y glorietas del jardin, pudiera haber llegado hasta aquel lugar sin extraviarse entre el ramaje; porque era tal la sombra, que no se veia ni el cielo ni la tierra.

La tempestad impregnaba ya todo el aire; las hojas no se movian, los susurros callaban. Un silencio terrífico gravitaba sobre la noche.

Oyóse un rumor por el lado de la poterna.

—Ya están aquí,—dijo Juana. Se levantó, puesta la

mano sobre el corazón, y dió algunos pasos, deteniéndose en seguida para ver si aquel ruido se repetía.

Sonaron tres golpes en el postigo. Entonces sintió Juana que la ahogaban las palpitaciones; pero corrió hácia la poterna, sacó una llave de su seno y la introdujo en la cerradura. Antes de abrir, hizo esta pregunta casi inútil:

—Sois vos, señor?—Viendo que no le respondían, se aventuró á decir:

—Sois vos, D. Gaspar?

—Sí,—respondieron cautelosamente por afuera;—abre.

Juanita dió vuelta á la llave, franqueó el paso, y vió que entraba un hombre, detrás del cual quedaban otros muchos hablando en voz muy baja.

La jóven recomendó silencio al hombre que acababa de entrar.

—Don Gaspar,—le dijo,—no mas os ruego que hagan el menor ruido posible. Isabel y su servidumbre no se recogen todavía.

—Bien..... quiere decir.....

—Haced entrar á vuestra gente..... porque si alguno pasa por la calle, somos perdidos. Que vuelvan á cerrar, y ocultáos con ellos tras de la higuera..... Isabel no dilata.

—Adónde está la higuera? quieres guiarme? porque no veo ni tu cuerpo.

—Seguidme,—dijo Juana, buscando la mano de su interlocutor.

—Esperad un poco,—replicó este, y volviéndose á los que le acompañaban, dijo con el mismo recato que habia usado hablando con Juana:

—Eh! seguidme vosotros, y emparejad la puerta.

Entonces, dejándose guiar por la mano fria, húmeda y

temblorosa de Juanita, comenzó á andar por entre dos vallados de rosales. Detrás marchaba una negra fila de embozados, con el mismo silencio y la misma siniestra lentitud con que las nubes de la tempestad caminaban por el espacio.

Después de dos minutos de marcha, Juanita se detuvo enfrente de una alcantarilla cobijada completamente por las anchas ramas de una higuera gigantesca. Debajo de esa bóveda de verdura se aspiraba un aire perfumado con emanaciones desconocidas, y se escuchaba el eco lleno de dulzura, de un hilo de agua que al caer sobre los charcos resonaba como la marimba cuando el botón de saúco hiere sus cristales.

—Aquí,—dijo la jóven.

—Y ahora?.....—preguntó el otro.

—Ahora no teneis mas que esperar un poco. Mirad: por aquel lado llegará Isabel; dejad que pase; cuando vuelva, podeis sorprenderla..... yo me retiro, porque si llega á verme aquí, no lograríamos nada..... quedad con Dios..... señor Mendoza.

Juanita, sin decir mas, soltó la mano que aun se enlazaba con la suya, y voló como un pájaro.

Cuando hubo desaparecido, se levantó de todos aquellos embozados un extraño rumor, que era de sorpresa y admiración.

—Silencio!.....—dijo el que habia hablado con Juanita, que no era otro que el Sr. factor D. Pero Almíndes de Chirinos.—Qué te parece esto, Garduña?

Esta persona, ya conocida por nuestros lectores, replicó siempre en voz baja:

—El cielo cuida de vuesa merced, señor.

- No es eso..... pregunto si has notado el equívoco.
 —Cuál equívoco, señor?
 —No has oído?
 —No.....
 —Voto va! pues ignoras lo mas gracioso. La muchacha me ha llamado Mendoza!.....
 —Hola!.....
 —Me ha tomado por D. Gaspar, y bajo ese concepto me ha franqueado la entrada.
 —Por la vírgen! ¿luego estuvo en un tris que os soplaran la dama?.....
 —Silencio!.....
 —No es nadie.....
 —Bien; pero estamos en un riesgo inminente. Supuesto que Mendoza tenia tan bien dispuestos sus asuntos y que esta Juana le esperaba cuando llegamos, no tardará en venir, y nos veremos en una danza de los demonios. Qué hacemos?
 Hubo un intervalo en que Chirinos y Garduña enmudecieron para meditar sobre un medio que los sacara del apuro. Garduña fué el primero que rompió el silencio. Tenia sus puntas de leido, y exclamó:
 —Eureka! señor, Eureka!
 —¿Quién es esa?—preguntó Peralmindes.
 —Ninguna, señor..... digo que acabo de hallar un artificio que nos librará de D. Gaspar de Mendoza.
 —Sí?..... veamos.
 —Habéisme dicho que el jardinero es un viejo?
 —Sí.
 —Le conoce Mendoza?
 —Le ha visto.
 —Pues entonces, vuesa merced puede estar seguro de un

- contratiempo; déjeme obrar á mí vuesa merced, y yo respondo del éxito.
 —Qué intentas?
 —Mirad: Botello, que viene con nosotros, es viejo como pudiera serlo el jardinero, y nadie como él es tan sagaz, ni tiene la serenidad que se requiere para representar un entremés, aun en lances como el presente. Que él reciba á D. Gaspar de Mendoza, que le haga creer que tiene otro lugar mas, á propósito para la emboscada, y que le esconda por el sitio mas enmarañado y mas distante de la huerta. Entretanto, nosotros.....
 —Ya.
 —Conviene vuesa merced?
 —Quisiera.....
 —O nos iremos..... todavía es tiempo.
 —No..... espera..... Ea! Que Dios te ayude; pero si cometes un desacierto, te estrangulo.
 Garduña dejó á Peralmindes y fué á mezclarse al grupo de sus compañeros.
 Ahora, si el lector se toma la molestia de acompañarnos á la calle, seguiremos todo lo largo de la cerca, y llegaremos á la ribera del canal que por aquella parte se tocaba con los costados de la casa. Allí, de una canoa que acaba de atracar, verá que salen hasta diez hombres y se encaminan silenciosamente hácia el postigo del jardin. Era la gente de Gaspar de Mendoza.
 Este va por delante. Fanega le acompaña.
 —Repito, señor,—decia este,—que vuestros temores son infundados; quién os habia de seguir á semejantes horas? quién puede haber adivinado que intentábais sacar á esa dama?

—Sin embargo,—replicó Mendoza,—el viejo debe haberse dicho todo á la Dorantes. Mucho temo que no la encontremos.....

—Bah! señor..... ¿no he dicho ya á vuesamerced que no he visto salir á nadie de la casa?

—Vamos á verlo.

Siguieron adelantando, y pronto llegaron á la poterna.

Don Gaspar, segun lo que habia concertado con Juanita, dió un silbido; pero como los pastores de Melendez, no obtuvo por respuesta sino los ecos.

Entonces, volviéndose á Fanega le dijo:

—Lo dicho. Juro que Isabel se halla á estas horas mas lejos que mi suegra.

—Por qué no volveis á llamar, señor? no habrán oido.

Don Gaspar silbó por segunda vez. Fanega hizo lo mismo; y esperaron largo tiempo sin que nada anunciase que los hubieran escuchado.

—La Juana se ha dormido seguramente,—dijo Mendoza ya colérico.—Veremos si mañana no duerme esa infame hasta que la despierte la trompeta del juicio. Ea! marchémonos.....

—Señor..... abandonais.....

—Vámonos.

Mendoza habia dado la vuelta para ponerse en marcha, cuando oyó crugir la llave en la cerradura, y volvióse de un salto, dando con el cuerpo á Fanega que rodó como embestido por el encuentro de un caballo, y estuvo á punto de hacer rodar por otro lado al mismo Mendoza.

—Eh!—dijo este, mientras Fanega se levantaba.—Qué haciais, Juanita?

Se abrió la puerta, y apareció un hombre, que tomando

familiarmente á Mendoza por un pliegue de la capa, le atrajo hácia adentro, diciéndole con una voz contenida por el sigilo:

—Entrad, entrad, Sr. Mendoza; pero por Dios que no se oigan vuestros pasos.

—Eh! quién sois vos?—dijo D. Gaspar afianzando el brazo de aquel desconocido. Era Botello.

—Silencio, señor!.....—dijo este,—¿no habiais quedado en que os abriese Juana?..... pues bien; ella no puede, porque se halla en este instante detenida por la señora..... pero me encarga á mí.....

—Sois Anton?.....

—Soy..... un criado de vuesamerced,—replicó el otro estremeciéndose ligeramente con aquella pregunta.

—Guiad.

—Venís con gente?

—Sí.

—Cuántos?

—Diez.

—Oh! no es posible que todos entren..... pudiérais darles órden de regresar? porque tampoco es conveniente que los vean en la calle.....

Mendoza se volvió hácia Fanega, y le dijo algunas palabras al oido. Fanega transmitió á los suyos estas palabras, que eran indudablemente la órden de que se retirasen unos cuantos, pues cosa de seis hombres de aquellos se apartaron del grupo y tomaron la senda por donde habian venido.

—Pueden entrar cuatro?—preguntó Mendoza.

—Lo dudo,—replicó Botello,—pero, en fin.....—murmuró de un modo imperceptible;—nosotros somos diez y seis, tenemos cuatro por uno.....—Pasad, señores.

Pasaron los cinco. Nadie notó que otras dos personas entraron despues, y se escurrieron como dos víboras por el lado opuesto.

Botello se apoderó de un brazo de Mendoza, y mientras adelantaban seguidos por Fanega y los otros, fué explicando los motivos que Juana habia tenido para cambiar el sitio de la emboscada.

Cuando hubieron recorrido toda la longitud de la huerta, llegaron cerca de la tapia donde los breñales se enlazaban formando una maraña verdaderamente inextricable. Botello señaló aquel punto como el mas idóneo que pudiera encontrarse.

—Pero.....—dijo Mendoza,—necesitamos que nos digais la entrada.

Botello la ignoraba como D. Gaspar, pero era necesario no descomponerse, y ante todas cosas importaba dejar bien escondidas á aquellas gentes.

—Venid,—les dijo, sin saber por dónde los llevaba.

Dieron vuelta por la primera senda que fué posible distinguir, y en tanto que Botello se adelantaba con Mendoza, uno de los embozados, mudo hasta entonces, acercóse á Fanega y le dijo:

—Conoceis á ese hombre?

—Sí..... yo sé que es un tal Anton.

—Anton?—preguntó el otro con extrañeza.

—Sí, es un hombre á quien su merced tiene comprado.

—Por vida mia!

—Silencio!

—Teneis mala memoria,—dijo mas bajo el otro;—¿no conoceis la voz?

—Cómo?.....

—Bah! no habeis oido hablar á Botello?

—Qué!..... á ver!..... qué habeis dicho?..... Botello?..... el compañero de Garduña?

—El mismo.

—El cielo nos valga!.....—exclamó Fanega apresurando el paso hasta llegar á Mendoza.

—Qué hay?.....—preguntó este, deteniéndose.

Fanega, en vez de responder tomó á Botello por las barbas, y procurando distinguir entre la oscuridad las facciones de aquel rostro impasible, dijo á Mendoza:

—Esperad, señor; aquí vamos sobre la pólvora.

Despues se dirigió al desconocido con quien venia hablando, y le dijo:

—Gaviño, acércate.

El otro obedeció. Botello sentia que el corazon tronaba contra la pared de su pecho, como el badajo en la campana que da el toque de alarma ó de incendio.

—Él es....—dijo Gaviño con firmeza.

—Quién?—preguntó Mendoza.

—Un traidor!—exclamó Fanega sacudiendo á Botello.

—Yo.....—dijo este sin poder disimular su agitacion.

—Sí, tú eres Botello.....

—Hola!—exclamó D. Gaspar desnudando el consabido puñal de *misericordia*;—pareceme que este gusarapo es de Chirinos.....

Botello, que adivinó la terrible suerte que le esperaba, quiso, como suele decirse, jugar el todo por el todo. Agil como el mejor pugilatista, descargó su puño sobre la boca de Fanega,—tronó el puñete. Fanega ejecutó en el aire una horrible pirueta, rodó al suelo, y Botello se escurrió por los matorrales, dejando á todos azorados.

Al mismo tiempo, en direccion de las higueras, se dejó oír un grito supremo de espanto. Despues un barullo de pisadas y voces, y otros gritos como de mujer medio sofocados.

—Oh! ya lo adivino todo!—exclamó D. Gaspar de Mendoza arrojando el puñal y desenvainando su espada.—Gaviño!..... todos!..... por aquí!.....—añadió corriendo hácia el punto donde se escuchaban los gritos.

Despues de haber vagado por algunas sendas sin atinar con la salida, llegó muy cerca de la poterna, y comenzó á seguir la calzada del centro.

—Por aquí!—volvió á gritar á los que le seguian; pero oyó el silbido con que rasga el viento la hoja de una buena espada, y una voz que le gritó en los ojos:

—Atrás! ó sois muerto.

Mendoza se detuvo y pudo distinguir un bulto mas negro que la sombra. Lanzó un terrible juramento y cerró con toda la furia de un toro sobre aquel que era osado de oponérsele al paso.

Pero aquel desconocido paró los golpes con tan admirable maestría, que D. Gaspar, el hábil D. Gaspar, el sin igual espadachin, el héroe terrible de las cuchilladas nocturnas, quedó completamente desconcertado.

Si la tempestad, que iba siendo cada vez mas cercana, hubiera alumbrado aquella escena con un relámpago, Mendoza hubiera visto que el esgrimidor de puño de hierro que inventaba tan maravillosos quites, no era sino el mismo hidalgo, desarrapado y humilde, á quien dejó cuidando la casa de Beltrán.

Era D. Pedro Negromonte. Qué hacia en aquel lugar? Don Pedro, como habrán comprendido nuestros lectores,

ocupaba en la casa de Beltrán el oficio que Gutierre habia abandonado.

Mendoza le habia mandado preparar el sitio mas escondido de la casa para ocultar á una mujer que debia ser traída por la fuerza. Pronto supo D. Pedro quién era la mujer, y cambió sus planes. La ocasion le pareció brillante. Hacer que Tetzahuitl presenciase los ultrajes ó las cuchilladas que debia recibir la jóven por mano de unos cuantos bribones mezclados hábilmente con los de Mendoza; dejar á este abandonado á su suerte cuando Tetzahuitl se lanzase sobre él, frenético de dolor y de coraje; y por último, hacer aprehender á Tetzahuitl por los fingidos defensores de D. Gaspar, y abandonarle á la venganza de Estrada. Tal fué el proyecto que debia realizarse en aquellas horas de la noche. Los bultos que hemos visto penetrar al jardin cuando Botello, D. Gaspar, Fanega y los suyos dejaban tras de sí la puerta, eran Tetzahuitl y Don Pedro.

Como lo habia dicho Juanita, no dilató mucho Isabel en bajar por el extremo de una de las calzadas. No bien segura con las palabras de Zapata, acaso resuelta á buscar un apoyo mas firme en el brazo de Tetzahuitl, se dirigia llena de inquietud á la ventana donde la hemos visto alguna vez departir con su amante.

Pasaba por la higuera cuando escucha á sus espaldas algunos pasos. Vuelve el rostro, y da un grito de terror. Garduña se abalanza sobre ella. Poco despues aparece Chirinos, y mientras manda que la sujeten, la llena de reproches y de ultrajantes denuestos.

Tetzahuitl, al escuchar los gritos, se lanza hácia aquel sitio, salvando los troncos y rompiendo el ramaje. Cuando

llega, rasga con una puñalada el primer cuerpo que lo separa de Isabel, y Garduña rueda envuelto en su capa, y dando botes va á caer de cabeza junto á los charcos de la alcantarilla.

—A mí!—exclama Chirinos desenvainando.

—Ah! eres tú!.....—le dice Tetzahuitl, y volviendo á levantar el brazo, arrójase blandiendo el puñal sobre Peralmidés.

Don Pedro llega entonces; cree ya empeñada la lucha entre Tetzahuitl y Mendoza, y grita á los agentes de Garduña, que él toma por sus bravos.

—Ahora! ahora es tiempo!

Cuando escucha que álguien se acerca por el fondo de la avenida; seguramente nuevos defensores del que cree sea Mendoza. Entonces sale á contenerlos, y se encuentra frente á frente de D. Gaspar.

Este comenzaba á retroceder: su ira no tenia límites. Sin embargo, ofuscado como estaba con aquello que le parecia la mas atroz de las humillaciones, defendíase sin dementir el nombre que le diera la fama. Tambien Negromonte sentia herido su orgullo. Nunca aconteció á D. Pedro prolongar un combate mas de lo que este se prolongaba. Entonces creyó conveniente echar mano de un golpe decisivo; de uno de esos que reservan los maestros para el último extremo. Era una especie de retirada falsa, combinada con no sé qué estocada-relámpago, que tendida por debajo de la espada contraria, se deslizaba hasta hundirse por un costado.

Parece que dos espadas que se encuentran se transmiten en sus vibraciones algo del pensamiento de los que las manejan. Hubo un instante en que los dos quedaron casi inmó-

biles. Se comprendian como dos manos enlazadas en la oscuridad. Se reclinaban una en otra, y de cuando en cuando se movian ligeramente, con un débil chasquido, que parecia un beso péfido. Entretanto, el fuego del corazon parecia subir, caminar por aquellas aceradas hojas y asomar por las puntas con el resplandor de una mirada aviesa y traidora.

De repente sonaron varios aletazos. Don Pedro asestó el golpe; no hubo quite posible; su espada se escondió por el ropaje de Mendoza, y la punta crugió como si hubiese atravesado el hueso; pero fué que dió en la malla de una cota que D. Gaspar traia oculta bajo el justillo.

Despues de aquel golpe, que tenia la seguridad de la muerte, no quedaba mas que retirarse un paso y envainar la espada. El adversario permanecia en pié algunos momentos, pero á poco se desplomaba sin exhalar un solo gemido. Negromonte bajó su espada; casi al mismo tiempo sintió que la de D. Gaspar cayó de plano sobre su rostro.

—Hola!—exclamó casi ensordecido por el bochorno que envolvió su cabeza;—parece que sois algo retobado, señor caballero. Veamos.

Entonces la hoja que brillaba en su mano pareció multiplicarse. La de Mendoza comenzó á resonar con los choques de una verdadera granizada. Las chispas casi alumbraban á los combatientes.

Los hombres que venian detrás de D. Gaspar, quietos hasta entonces por respeto á la habilidad de su señor, arrojaron sus capas, echaron fuera sus espadas y tres de ellos cayeron sobre Negromonte. Sobraba uno. Este arremetió contra Fanega.

A D. Pedro le guardaban los flancos los altos y tupidos